

Grandes son las glorias de la Edad Moderna, innumerables los brillantes descubrimientos que en nuestro siglo han sido hechos por la diligencia asidua de muchos sabios en el terreno de la naturaleza, y parece que el porvenir ha de acrecer aún en proporciones gigantescas esta profusión de conocimientos. Tanto más razón tenemos, empero, para lamentar esa preocupación, contraria á todo método científico, que dificulta y aun impide al espíritu moderno adquirir un conocimiento más profundo de la verdad en el juicio cierto de los frutos del pensamiento humano sazonados en edades pasadas, lo cual cede en daño gravísimo de la ciencia y de la humanidad.



## CAPÍTULO II

### El dinamismo psíquico.

#### § I

##### El psiquismo y la realidad.

274. Hasta ahora hemos examinado aquel dinamismo que quisiera hacer un sublimado de *fuerza* de la esencia entera de las cosas naturales: en adelante nos ha de ocupar aquella otra forma del dinamismo que pretende elevar las fuerzas propias del ente natural á la categoría más alta de fuerza, á la de fuerza cognoscitiva y espiritual. Bajo el comercio mecánico de átomos en continuo choque, bajo la lucha despiadada de materias inanimadas, bajo el tiránico dominio de necesidades inexorables, los perspicuos investigadores de la naturaleza presumen haber indagado y descubierto una riqueza indescriptible de sensación y sentimiento, de vida y espíritu. La esencia de las cosas ha de resolverse, no en una fuerza sola, sino en conocimiento, sentimiento y volición. Hemos de considerar los átomos, no como piedras yertas para la construcción del cosmos, sino como menudos arquitectos inteligentes. No una mecánica de férrea necesidad, sino vida múltiple y trabajo inmenso de fuerzas espirituales é individuales han de llenarnos de asombro cuando contemplemos el mundo grandioso de los fenómenos. No puede desconocerse que esta tendencia va acentuándose en la actualidad. Particularmente entre los que ven la salud del porvenir en la alianza deseada entre la filosofía y las ciencias naturales, se propaga la buena nueva de que está hallada la piedra filosofal. Todos los problemas naturales estarían, de ser verdad tanta belleza, satisfactoriamente resueltos con tal que se supusiera alguna actividad psíquica como rasgo característico



más profundo de cada cosa natural. No pensamos ahora en el pseudo psiquismo de ERNESTO HAECKEL, que tergiversa de la manera más violenta las acepciones ordinarias de las palabras para que su concepción puramente mecánica pase en el mercado bajo el rótulo de psiquismo, sino que debemos hacer el análisis de un psiquismo real de notables naturalistas y filósofos que con diversas razones nos hablan de sentimientos, goces, percepciones, y aun de inteligencia y voluntad de los átomos ó de las cosas naturales. No son pocos á quienes agrada este lenguaje; el movimiento pasivo de partículas de materia no satisface su entendimiento y es insípido á su paladar sentimental; por eso saludan al psiquismo como representante poético de aquella concepción mitológica de la naturaleza, que en cada árbol y en cada fuente, en cada piedra y en cada soplo del viento sentía y veía algún ente espiritual que tenía por residencia la planta, el agua, el céfiro y la roca.

275. Vamos á dar aquí algunas muestras preliminares de la concepción psíquica de la naturaleza.

El catedrático NÆGELI dice en su discurso "Sobre los límites del conocimiento científico de la naturaleza.": "Encontramos en la escala ínfima y más sencilla de la organización de la materia que ha llegado á nuestro conocimiento, esencialmente el mismo fenómeno que se nos presenta como sensación consciente en la escala suprema. La diferencia entre ésta y aquella es sólo gradual, pues que en la escala más alta los afectos sólo se han vuelto, á consecuencia de la mayor riqueza orgánica, más complejos, más delicados y mucho más vivos merced á la agrupación más numerosa de moléculas.... El espíritu humano no es nada más que la evolución más sublime de los procesos espirituales que vivifican y mueven toda la naturaleza.... Así como la piedra no caería al suelo si no sintiese la proximidad de la tierra, el gusano que piso no se retorcería si careciese de sentimiento, y el cerebro no obraría racionalmente si no tuviera conciencia <sup>1</sup>. Cada partícula de materia ha de poseer, según esta teoría enseña, sentimiento de igual modo que el gusano y el hombre, ya que no en igual grado, de la misma especie. Declaraciones del mismo tenor se leen en obras de los catedráticos ZOELLNER y MEYNERT, de CARLOS DU PREL y de otros naturalistas, como veremos más adelante.

Los historiadores de la filosofía consignan vestigios de psiquismo (ó hилозоїsmo — ψυχή, materia, y ζώον viviente — nombre que expresa casi la misma idea) entre los pensadores griegos. El antiguo TALES DE MILETO ya vió, según ellos nos atestiguan, deida-

<sup>1</sup> Relación oficial de la Asamblea de los sabios naturalistas reunidos en Munich, pág. 39-40. (Amtlicher Bericht, etc.)

des presentes en las fuerzas naturales, y encontró en la vida de la naturaleza la prueba de que estaba llena de dioses. Por esta razón al viejo jonio le ha cabido la gloria de ser celebrado por muchos como padre del hилозоїsmo. El κοινός λόγος, que según HERÁCLITO ha de estar en el flujo incesante de todas las cosas, y los λόγοι σπέρματικοί de los estoicos, pueden también traer á la mente las ideas del sistema puesto á discusión.

En tiempos posteriores el hилозоїsmo fué resucitado por diferentes pensadores hostiles á la doctrina de la Escuela, particularmente por JORDÁN BRUNO, VANINI y otros panteístas. También BERNARDO TELESIO (1508-1590) había enseñado que todos los seres estaban dotados de sensibilidad, y puesto en ésta la razón de la simpatía universal, la armonía viva de todas las cosas. El discípulo de éste, TOMÁS CAMPANELLA, habló de tres *primalidades*: saber, poder y amar, en las cuales decía estribar todo el ser y el obrar de cuanto existe. Quizá no se sepa tan generalmente como se conocen los sistemas de los filósofos mencionados que el médico DANIEL SENNERT (1572-1637), á quien se puede considerar como renovador de la atomística en Alemania <sup>1</sup>, atribuyó un principio vital á cada átomo. Lo mismo hicieron los naturalistas filosofantes TOMÁS WILLIS y FRANCISCO GLISSON. Este encontró, según expuso en el tratado *De natura substantiae energetica*, tres facultades en la materia: percepción, tendencia, movimiento, sosteniendo que el espíritu consciente de sí propio constaba de la totalidad de estas sensaciones inconscientes, las cuales confluían de todas las partículas mínimas al modo como el rugido atronador del mar se componía de los leves é imperceptibles murmullos de todas las olas reunidas. GLISSON afirma además que la naturaleza se percibe, conoce, mueve primero á sí misma y lo ejecuta todo de la manera más ingeniosa. "Quien contempla las configuraciones de los copos de la nieve, de la escarcha, de los granizos y de cosas semejantes al través del microscopio, dice, no puede dejarse convencer de que la naturaleza no aspira adrede á establecer una señal visible de su arte <sup>2</sup>."

Vemos, pues, que la teoría de GLISSON sobre los elementos mínimos dotados de facultad perceptiva tiene próxima afinidad con la monadología de LEIBNITZ que hemos examinado ya arriba bajo el respecto dinámico.

Allí notamos que también LEIBNITZ concebía la fuerza como psíquica, y ponía la esencia de sus mónadas en una facultad repre-

<sup>1</sup> Revista trimestral de Filosofía científica. (Vierteljahrsschrift, etc., año III, 1879.)

<sup>2</sup> Consúltense para más detalles la obra de SOURV: *De hилозоїsmo apud recentiores*. París, Charpentier, 1880, y la Revista alemana *Kosmos*, año V, pág. 244 y siguientes.



sentativa. Como antes de él NICOLÁS DE CUSA, también él se representaba cada una de sus mónadas simples bajo la imagen de un espejo en que todo el universo se refleja. Esto sucede, dice LEIBNITZ, porque, según vemos, la cosa más pequeña posee una impresión de la más mínima alteración del estado de toda otra <sup>1</sup>.

Esta, que llama "expresión de muchos en uno," ha de ser la percepción <sup>2</sup>. Pregunta si es razonable atribuir á nuestras almas solas en toda la naturaleza una actividad inmanente, y despojar á todas las otras almas de aquella fuerza espontánea <sup>3</sup>. Todas las mónadas son almas, dice, ó cuando menos seres análogos á las almas <sup>4</sup>; proposición que ve confirmada por la continuidad de la escala ascendente de los seres naturales <sup>5</sup>. Conforme á esta teoría, deberíamos considerar cada partícula de materia como un mundo de seres vivientes, á manera de un jardín de innumerables plantas ó de un vivero lleno de peces <sup>6</sup>.

Como tantas otras, también la teoría de LEIBNITZ hubo de confirmar la verdad del verso de HAGEDORN: "La suerte y el influjo de las doctrinas dependen del arte con que sus inventores las presentan." Antes y después de LEIBNITZ, muchos sabios han dicho lo mismo que él; y sin embargo, él lo ha sabido aderezar de manera que se le tiene por el verdadero autor del dinamismo psíquico.

Del gran número de los que en tiempos posteriores al de LEIBNITZ han venido excogitando sistemas psíquicos sin aducir ningún argumento nuevo digno de mención, basta que nombremos á MAUFERTUIS, DIDEROT, ROBINET, CABANIS.

Entre los modernos que han repetido ideas de LEIBNITZ, H. LOTZE merece particularmente ser mencionado. También él construye mónadas, átomos inextensos para "entregarse luego á la contemplación de una vida íntima espiritual que penetre toda la materia." "La unidad indivisible de cada uno de estos seres simples nos consiente admitir en él una reunión de las impresiones externas que le corresponden en formas de percepción y delectación... Toda presión y toda tensión que sufre la materia, así la tranquilidad del seguro equilibrio como el rompimiento de antiguas relaciones, todo esto no sólo sucede, sino que, sucediendo, es á la vez objeto de algún deleite... Ninguna parte de cuanto existe carece ya de alma ni de vida; sólo una parte de lo que sucede, esto es, aquellos

<sup>1</sup> *Réplique aux réflexions de Bayle*, ERDMANN, pág. 184.

<sup>2</sup> "Mullorum in uno expressio" Carta al P. de Bosses, ERDMANN, pág. 438 a.

<sup>3</sup> *De ipsa nat.*, párrafos 10 y 12. Dittens, II, I, pág. 40.

<sup>4</sup> "Quodsi animam appellare libet, quidquid perceptionem et appetitum habet in sensu generali, omnes substantias simplices aut monades creatas appellari possunt animae."

<sup>5</sup> "Natura non facit saltus."

<sup>6</sup> *Monadología*, ERDMANN, pág. 705 y siguientes.

movimientos que comunican las afecciones de un ser con las de otro, se entreveran á manera de un mecanismo externo entre la plenitud de los seres animados y les acarrearán á todos las ocasiones y excitaciones al variado desarrollo de su vida interna <sup>1</sup>.

De naturaleza esencialmente distinta es el psiquismo de voluntad (*willenspsychismus*) introducido en la Filosofía por A. SCHOPENHAUER, según el cual todos los seres naturales son el efecto primordial, inconsciente y por tanto indefectible, de una voluntad universal impulsada por la pesadumbre y la desesperación. El mundo no es más que mi propia representación subjetiva. Yo, el sujeto, no soy sino por medio de la voluntad, y no soy más que voluntad. De consiguiente, todo el mundo es la aparición ú objetivación directa de la voluntad <sup>2</sup>.

E. VON HARTMANN ha modificado algún tanto el monismo de voluntad de SCHOPENHAUER enseñando que el mundo es la manifestación objetiva, no subjetiva, de la voluntad, y que no pudiendo haber voluntad sin representación (*nil volitum nisi praecognitum*), esta voluntad debía estar impregnada de una representación <sup>3</sup>.

Dado el número y atendida la reputación de los naturalistas que se inclinan á transigir con el monismo de SCHOPENHAUER y hasta con el de HARTMANN, si bien de éstos hay menos, nos parece preciso dedicar algunas consideraciones también á las ideas de los sabios naturalistas originadas de esos sistemas.

**276.** Antes de entrar, empero, en el examen crítico de la explicación psíquica de la naturaleza, debemos extendernos sobre el punto á que se refiere más directamente la cuestión, y sobre el criterio decisivo para la solución del problema.

Cuando leemos atentos los desahogos de los sabios adeptos del psiquismo, notamos que toman las palabras que designan propiamente procesos psíquicos ó conceptos relacionados con ellos — cuales son sensación, percepción, sentimiento, espíritu — en sentido tan impropio y tan lato algunas veces, que á ningún hombre discreto le puede escandalizar la idea que han de indicar. De esta manera dice NÄGELI en el discurso que pronunció en Munich: "Si concebimos la vida espiritual en su significación más amplia como expresión inmaterial del fenómeno material, ó bien como mediación de causa y efecto, la encontramos en la naturaleza *en todas partes*; en este sentido es fuerza espiritual el poder que tienen las partículas de influir unas sobre otras. El proceso espiritual es la efectucción de esta acción, que consiste en movimiento, y por

<sup>1</sup> *Mikrokosmos*, 2.<sup>a</sup> edic., tomo I, pág. 405-406.

<sup>2</sup> "El mundo, voluntad y representación" (*Welt als Wille und Vorstellung*).

<sup>3</sup> *Filosofía de lo inconsciente*.



tanto en cambio de lugar, de las parteculas y de las fuerzas inherentes á ellas, y mediante él conduce directamente á un nuevo proceso espiritual <sup>1</sup>.

Si no hallásemos otras expresiones que éstas en las obras de NÆGELI y de los otros representantes del psiquismo, sería posible que nos entenderíamos con ellos, porque podríamos considerarlas como locuciones análogas á las que eran corrientes en la Filosofía de la antigüedad. Pues ARISTÓTELES llama ya *vida* de las cosas naturales al movimiento sin principio ni fin<sup>2</sup>, y atribuye hasta á los elementos una especie de *animación* <sup>3</sup>.

Los filósofos medioevales emplean el mismo lenguaje que el Estagirita. SANTO TOMÁS hace notar que las palabras que expresan una cosa espiritual se toman á menudo en sentido más lato, y que por esta razón toda fuerza imperceptible que está debajo del fenómeno visible puede designarse psíquicamente <sup>4</sup>. El que defiende la naturaleza psíquica de todas las cosas en este sentido impropio, muestra con esto mismo que no le satisface la moderna explicación mecánica de la naturaleza. Ya hemos indicado que en este sentido toda la naturaleza tiene su lado "espiritual, y posee "vida, y "sensibilidad,; y si se quiere llamar "espiritu, al nexo causal que se trasluce en todo el orden cósmico, todo ser respira el aliento de este espíritu; entretejido con escalonada acción recíproca en el conjunto del mundo, el individuo es, según frase de LOTZE, un "espejo del universo, pues siente la acción del universo desde su sitio y refleja el aspecto singular que la acción de todas las cosas confiere á este lugar y á esta situación individual.

Conste, pues, que la cuestión que aquí estudiamos no tiene nada que ver con la "espiritualidad, en el sentido lato *é impropio* de la palabra, con la sensación, percepción, delectación en la acepción *metafórica* de estos términos. Trátase más bien de averiguar si realmente cada cosa natural obtiene conocimiento de las cosas externas por un acto immanente mediante impresiones que le vengan de fuera, de un modo parecido á lo que sucede en el hombre, según testimonio de nuestra experiencia.

Los partidarios de la tesis que combatimos responden afirmativamente esta pregunta; veamos ahora con qué falta de razón.

☛☛☛ De ningún modo podemos darnos por satisfechos con la

<sup>1</sup> *Relación oficial*, etc., pág. 40.

<sup>2</sup> *Phys.*, lib. VIII, princ.

<sup>3</sup> Ἦνεκα δὲν ἦν καὶ ἐν ὑλῆσιν τὰ ζῷα καὶ τὰ φυτὰ διὰ τὸ ἐν ἦν μὲν ὄντων ὑπάρχειν, ἐν δὲ ὄντων πνεύμα, ἐν δὲ τούτων παρὰ τὴν θερμότητα ψυχικῆν, ὡστε τρόπον τοῦ πάντων ψυχῆς εἶναι πλήρη. (*De generat. anim.*, lib. III, cap. XI, 762 a. 18.)

<sup>4</sup> Cf. *Summ. c. gent.*, I, II, cap. LXII; I, IV, cap. XXIII; *Summ. theol.*, I, q. 14, a. 1.

aseveración de que la animación de todas las cosas es, de los muchos sueños de nuestra fantasía, uno que no lleva palpable el sello del absurdo más manifiesto; debemos pedir más: necesitamos razones, porque se trata de explicar fenómenos de la realidad. Como quiera que el ser de las cosas existe á causa de lo que ellas han de obrar, y las facultades internas están destinadas á ejercer alguna acción en el curso ordinario de la naturaleza, no debemos atribuir á las cosas perfección alguna que no esté justificada por la más exacta observación de los hechos naturales.

Presentimientos de poetas, veleidades de visionarios son de ninguna utilidad para la solución del problema propuesto. Dejado á un lado un necio sentimentalismo, se ha querido disponer los ánimos á favor del psiquismo diciendo: "Atribuámos á las cosas movimiento y movilidad; ¿por qué hemos de negarles la sensibilidad y el sentimiento, cosa no menos ajena de nuestro entendimiento que el movimiento? En este argumento se apoya NÆGELI en el discurso de Munich. En el hecho de que los más simples procesos inorgánicos nos son al cabo tan inaccesibles como los más complicados procesos del cerebro humano, el insigne sabio cree haber encontrado el medio de llegar á la tesis de la animación universal de todas las cosas <sup>1</sup>; y ésta, que no pasa de ser una conjetura, ha de formar la base de todo un sistema cósmico.

¿Podemos marchar en pos del Sr. NÆGELI por este debilísimo puente? En las filas de los naturalistas se ha dado la voz de alerta. "Nægeli ha dado un paso que juzgo sumamente peligroso, declaró VIRCHOW en aquella misma asamblea de sabios naturalistas. "¿Existe una necesidad positiva de extender el terreno de los procesos espirituales más allá de la esfera de aquellos cuerpos en los que los vemos verificarse en realidad? No tengo inconveniente en dar por bueno que los átomos de carbono tengan espíritu ó que adquieran espíritu en unión con la sociedad plastidularia; pero no sé en qué haya de conocer eso. Esto es jugar con las palabras no más. Si declaro la atracción y la repulsión fenómenos espirituales, fenómenos psíquicos, tiro la psiquis por la ventana, pues deja de ser psiquis. Explíquense por fin, y en hora buena, los fenómenos del espíritu humano de manera psíquica; pero por de pronto entiendo que no es nuestro oficio confundir las dos clases de fenómenos; al contrario, nuestro ministerio es mantenerlas estrictamente allí donde las reconocemos. Y así como siempre he insistido en que no se busquen en primer término las transiciones de terreno orgánico al inorgánico, sino que se fije primero la diferencia de lo uno á lo otro y se someta ésta al estudio, sostengo

<sup>1</sup> *Relación oficial*, etc., pág. 38.



también que es únicamente provechoso—y abrigo la más firme convicción de que de otro modo no adelantaremos nada—que encerremos los fenómenos espirituales en la región donde se nos presenten procesos verdaderamente espirituales, y que no *presumamos* fenómenos espirituales donde *pueden* existir, pero no donde no advertimos nada visible, audible, sensible y en general cognoscible que pueda ser designado como manifestación de un principio espiritual<sup>1</sup>.”

Esta vez podemos gustosos asentir á las declaraciones de Virchow. En este como en muchos otros puntos es muy recomendable la reserva empírica para con los excesos de algunos naturalistas audaces, por cuanto dentro del terreno de las ciencias naturales no debe hacerse ninguna aserción si no se la puede fundar en razones tomadas de estas ciencias mismas.

278. Mantenemos, pues, con Virchow el principio de que debemos circunscribir la región de los fenómenos de espiritualidad al terreno donde se nos presenten fenómenos realmente psíquicos, ó al menos se indique la necesidad de suponer un movimiento psíquico bajo un fenómeno aparentemente mecánico.

Para formar juicio de si un caso particular es de esta naturaleza, es preciso que establezcamos un criterio fijo y determinado. Helo aquí: la experiencia de nosotros mismos.

El contenido de nuestra propia conciencia nos suministra primero aquellas señales decisivas de lo psíquico que son de carácter subjetivo. Con estas señales subjetivas van íntimamente ligados aquellos indicios objetivos cuya presencia nos hace presumir en otros seres una condición análoga de algún modo á la de nuestra conciencia. Las manifestaciones psíquicas de nuestra propia vida, dice Wundt, deben ser siempre el criterio por el cual juzguemos los productos análogos de la acción de otros seres; por esta razón no debemos tampoco indagar primero las funciones psíquicas en las muestras imperfectas que la naturaleza inorgánica presenta de ellas, sino al revés, debemos descender del hombre abajo hasta encontrar el límite donde empieza la vida psíquica<sup>2</sup>.

La condición psíquica del hombre se manifiesta ante todo en la inteligencia, noble prerrogativa del linaje humano y raíz de toda la vida racional con sus dilatadas ramificaciones. Según nos enseña la experiencia, en las acciones humanas el criterio ético es el que prevalece sobre todo otro; conocemos lo que es bueno y malo, verdadero y falso; adquirimos tan perfecta y clara concien-

<sup>1</sup> El discurso, edición aparte.

<sup>2</sup> «Nociones fundamentales de la psicología fisiológica» (*Grundsätze der physiol. psychol.*), segunda edic., tomo I, pág. 20.

cia de nuestro propio ser, que lo podemos oponer como sujeto á nuestras acciones; sabemos lo que es efecto y causa, y distinguimos el medio del fin; por esto somos aptos para tomar la iniciativa en las empresas más diversas disponiendo los medios de la manera que nos parece conducente y mirando á fines que hemos elegido con nuestro libre albedrío. De aquí el asombroso desarrollo de nuestra cultura, las lenguas, el culto religioso, la ética, el derecho, la ciencia; de aquí, en general, aquella diversidad marcada de instituciones y costumbres que se encuentra sólo en la escena de la actividad humana. Todo esto se explica por la inteligencia, por un conocimiento y una tendencia que sobrepujan y exceden á las condiciones materiales de la existencia. Nada de esto se descubre en la vida de los animales irracionales (núm. 234 y siguientes), ni mucho menos en las plantas y substancias inorgánicas. Los principios de la sana ciencia nos conducen; pues, á afirmar que la razón de esta superior vida psíquica, vida de la inteligencia, existe solamente en los hombres.

Hay, sin embargo, otra escala superior de vida psíquica que se mueve en la esfera de lo material, y tiene su punto de partida y su fundamento en disposiciones orgánicas. Según atestigua la experiencia, podemos adquirir conciencia de diferentes cosas y estados perceptibles á los sentidos, podemos representárnoslas objetivamente; de manera que no sólo somos excitados por las cosas, sino que nos representamos también las cosas que nos excitan. Las percepciones de las cosas y de sus afecciones van las más veces acompañadas de sentimientos; es decir, que no aprehendemos sólo los objetos, sino que sentimos también qué impresión nos hacen cuando los percibimos. De ahí nacen apetitos actuales de las más diversas especies, que dan su carácter determinado é imprimen su dirección á las diferentes percepciones y sentimientos, aunque radican en una tendencia natural é ingénita. Estos apetitos se manifiestan en determinados movimientos, cuya forma debe, por supuesto, reducirse á conocimientos precedentes; éstos son los movimientos llamados voluntarios. Movimientos voluntarios son aquellos que, á causa de su gran variedad, no pueden ser explicados por meras impresiones mecánicas ó excitaciones vitales, ni tampoco por disposiciones automáticas, sino que presuponen necesariamente un acto de conocimiento (percepción ó sensación). En cuanto no se derivan en el hombre de la vida racional, tienden siempre á la satisfacción sensible (entendida esta palabra en el sentido más amplio)<sup>1</sup>, ó si se quiere mejor, á calmar algún impulso ó apetito sen-

<sup>1</sup> Sobre el primer origen del movimiento voluntario, Cf. Juan Mueller, «Manual (*Handbuch*) de la fisiología del hombre». Coblenza, 1837, tomo II, I, pág. 94.



sitivo. Cuando éste se funda en conocimientos, su satisfacción adquiere el carácter de goce, de deleite <sup>1</sup>.

Donde quiera, pues, que aparezca movimiento voluntario, suponemos con razón un principio psíquico; donde falta todo movimiento voluntario, es decir, donde quiera que una cosa no ejecute nunca un movimiento voluntario en su modo normal de obrar, inferimos con razón que falta la naturaleza psíquica, pues ésta se manifestaría con necesidad en movimientos voluntarios.

Ahora, pues, notando en los animales movimientos análogos á los que los hombres ejecutamos en consecuencia de actos psíquicos, concluimos con razón que también los animales tienen naturaleza psíquica dentro de la esfera de la vida sensitiva, que tienen conciencia sensitiva lo mismo que nosotros. Consta que esta conciencia es propiedad común de todos los animales, desde el hombre hasta el último protozoo; si bien es verdad que en la escala ínfima, según observa WUNDT, las sensaciones están encerradas en estrechísimos límites, y los apetitos originados de ellas se dirigen siempre á la satisfacción de sencillísimas necesidades. No obstante, y por bajo que esté el protozoo en el orden de los animales, sus manifestaciones de vida no se explican satisfactoriamente sin presuponer una conciencia sólo gradualmente distinta de la conciencia sensitiva humana.

Por otro lado, consta que jamás se encuentran en el reino vegetal ni en el mineral movimientos que se acrediten de voluntarios. Si estas cosas tuvieran facultades psíquicas, también ellas ejecutarían movimientos voluntarios.

No es esto afirmar que, establecido este criterio, sea fácil trazar el límite que separe lo psíquico de lo que no lo es, con la seguridad de quien corta un pelo en el aire; pues en los reinos limítrofes las diferentes clases de hechos naturales pasan insensiblemente la una á la otra, según ya reconoció explícitamente la antigua filosofía de conformidad con la ciencia moderna. La vaguedad que dificulta la demarcación, no se muestra cuando se comparan las plantas más perfectas con los animales. Todos sabemos que el roble se tuerce y gime en sentido muy distinto del que tienen las contorsiones y gemidos del animal atormentado por el dolor. Las dificultades van ocurriendo á medida que la observación se acerca á las ínfimas formaciones vegetales. Donde se encuentra protoplasma vivo, dice WUNDT, se observa la propiedad de la contractilidad; pues bien excitado desde fuera, bien sin ninguna influen-

<sup>1</sup> «Delectatio causatur ex coniunctione convenientis. Conveniens enim adveniens pericit id cui advenit, et quietat inclinationem in illud. Et haec quietatio, secundum quod est percepta, est delectatio» (S. THOM., 3. dist., q. 27., a. 1. a. 2.)

cia externa visible, ejecuta movimientos que tienen el mayor parecido con los voluntarios espontáneos de los ínfimos protozoos, y que no se dejan explicar sino por fuerzas residentes en la substancia contráctil misma. Háse querido probar que se trataba de aprehensión de alimento <sup>1</sup>, é inferir de ella la voluntariedad de esos movimientos. Pero, dice WUNDT, aquí también, como en los movimientos reflejos que en ciertas plantas acompañan las funciones digestivas, falta todo indicio claro de que se verifique una elección de alimentos determinada por sensaciones, ó que exista algún miembro intermedio entre la excitación y el movimiento <sup>2</sup>.

Mas sean cuales fueren estas dificultades prácticas que alguna vez nos impiden distinguir con claridad si unos cuantos movimientos deben considerarse como psíquicos ó como puramente fisiológicos, esto es, si están de la parte de acá ó de la de allá del límite que separa ambos hemisferios, ellas no pueden deponer válidamente contra la existencia real de este límite mismo.

## § II

El psiquismo, supuesto complemento necesario del mecanismo.

**279.** No basta que refutemos el psiquismo en general. Si queremos formarnos un juicio cabal de este sistema, es menester que discutamos detenidamente las diferentes razones que de diversas partes se han aducido á favor de la teoría de la animación universal de la naturaleza.

Partiendo primero de la deficiencia de la explicación mecánica de la naturaleza, se ha creído que para explicar por la acción de fuerzas psíquicas todos los fenómenos naturales era bastante razón la de que sólo á una parte mínima de ellos era aplicable la explicación mecánica. «Mientras, dice el BARÓN DU PREL, miremos las leyes de la materia como extrañas á su esencia, y sólo exteriormente adheridas á ella; mientras la consideremos como mole inerte que sólo por impulsos externos es puesta en acto, mas por sí sola es del todo indiferente á todo movimiento, séale conveniente ó no, no llegaremos á comprender la naturaleza; semejante modo, puramente mecánico, de ver el mundo, será siempre reprobado por estas acertadísimas palabras de DUBOIS-REYMOND: «Es del todo y „para siempre inconcebible que á cierto número de átomos de car-

<sup>1</sup> HAUCCKE, *Monografía sobre los radiolarios*. Berlín, 1862, pág. 104.

<sup>2</sup> *Noiones elementales de la psicología fisiológica*, tomo I, pág. 22.



„bono, ázoe, oxígeno, etc., sea indiferente el cómo estén ó hayan estado ó hayan de estar situados, ó el cómo se muevan ó se hayan „movido ó dejen de moverse.„ Pero la teoría atómica va sufriendo una reforma radical, y en las ciencias naturales, y hasta en sus representantes más autorizados, se va acentuando una reacción sana contra la manera puramente externa de explicar los fenómenos y cierto empeño por derivar las leyes de la materia de su esencia interna. Más y más se reconoce la necesidad de una mediación interna de las alteraciones que sufren las cosas, mediación que no encontraremos si no consideramos como procesos típicos para todos los cambios que ocurren en la naturaleza aquellos procesos *accesibles directamente á nuestra propia experiencia*, en los que hallamos claramente esta mediación interna. Pero esto no puede ser de otro modo que reconociendo la facultad sensitiva como propiedad fundamental de toda materia. Que una masa caótica aspire por sí sola y por impulso propio á un estado de equilibrio y de menor rozamiento posible en la lucha de las fuerzas rivales; que en el que en un principio fué caos se verifique por fin una adaptación recíproca y resulten combinaciones orgánicas, esto no será comprendido jamás respecto de una materia que sea tan indiferente al movimiento caótico como á cualquier otro; no será comprendido hasta que le atribuyamos sensibilidad. La facultad sensitiva es la única propiedad de las que nos suministra la experiencia, que parece apta para ser trasferida de fenómenos conocidos á los que todavía quedan sin explicar, facilitándonos la inteligencia cabal de la naturaleza<sup>1</sup>.

Encontramos las mismas ideas en los diversos escritos de O. GASPARI. Este autor, de fecundísima imaginación y de palabra fácil y abundante, no está satisfecho con bolas yertas que nadan en el espacio vacío como corpúsculos faltos de vida y sentimiento, porque las cosas no revelan semejante indiferencia en ninguna de las fases por que atraviesan. Inclínándose, pues, á volver á la „teoría monadológica ó ánimular“, de LEIBNITZ, mira todas las partículas como „mónadas animadas por principios psíquicos, y dotadas de estados internos de propia conservación, los cuales requieren ciertos cambios internos, cuyo resultado determina en ellas las sensaciones de placer y dolor“. En nada difiere esto de lo que oímos de DU PREL.

Si no temiéramos abultar demasiado nuestro trabajo, podría-

1. „La lucha por la existencia en el cielo“ (*Kampf ums Dasein am Himmel*). Berlín, 1896, segunda edición, págs. 337-338.

2. Revista *Kosmos*, tomo I, pág. 284.

mos transcribir aún más citas de otros sabios cuyas ideas siguen el mismo rumbo que las de DU PREL y de GASPARI.

Mas estas ideas no son otra cosa que una verdad adulterada. Importa, pues, desprender de ella la cáscara de errores que la envuelve para obtener la substancia de la verdad, que deberemos guardar cuidadosamente.

280. Si estos sabios no saliesen desde luego con la „sensación“, no nos negaríamos á registrar palabras del género de las citadas como señal que promete el renacimiento de una explicación más sana de la naturaleza; pues prescindiendo del error mencionado, incluyen un sentido aceptable y significan un movimiento de reacción hacia la Teleología y la Filosofía tradicionales entre los sabios cristianos. No nos oponemos á que se busque en las afecciones psíquicas del hombre cierta analogía con aquel algo misterioso por el cual las cosas sobrepujan á la acción puramente mecánica. Pero los principios de la sana ciencia exigen que inquiramos si los fenómenos permiten transferir el sentir humano sin ninguna modificación á cada una de las partículas de la materia. Verdad es que los hechos confirman que las partículas elementales no se muestran indiferentes unas á otras, y en su esencia intrínseca hay un principio que las determina á este y no otro modo de ser, y las excita, mediante un „apetito natural“, á una determinada expresión de su actividad (núm. 247).

Advertimos en las cosas: primero, diferentes especies de cohesión, expansión, tensión, electricidad, un desasosiego, pues, que revela el afán de *establecer* las condiciones locales correspondientes al ser respectivo; segundo, diferentes maneras de llenar el espacio con resistencia á todo cuerpo extraño que pudiera ocuparlo: fuerza repulsiva, inercia, en fin, un empeño por *conservar* el estado una vez existente, sea estado de reposo ó de movimiento, ya consista el movimiento en locomoción, ó ya se presente bajo la forma de electricidad, calor ó de otra clase de movimiento molecular. Todo esto, empero, no es más que la condición necesaria para un fenómeno tercero, en el cual domina la acción natural de las cosas inanimadas: el de la comunicación regulada de lo propio á las demás cosas susceptibles de ello, ó sea la *actio transiens*, á la cual pertenecen los fenómenos de afinidad y de compensación de las velocidades y diferencias de temperatura, y la propensión universal á la aproximación mutua, ó sea la llamada fuerza de atracción (núm. 111 y siguiente).

Los adversarios con quienes nos las habemos aquí merecen ciertamente elogio porque pretenden ver más que casualidad é indiferencia en estas tres esferas de actividad, siendo obvio y manifiesto que no es indiferente á las cosas, y que, por tanto, no es ca-



sual el que obren de esta ó de otra manera. Mas bien examinada la cuestión, el filósofo tendrá que renunciar á derivar esta falta de indiferencia de una necesidad *a priori* ó de una ley lógica; pues no podrá alegar ninguna razón lógica, esto es, absolutamente necesaria, de *porqué*, por ejemplo, el oro sea amarillo, ó el cinabrio produzca el número de vibraciones correspondientes al rojo; de *porqué* cada cuerpo caiga precisamente cinco metros en el primer segundo en las condiciones telúricas; de *porqué* el oxígeno éntre en sus diferentes combinaciones en determinadas relaciones. El fundamento que conoce el filósofo en estos fenómenos es una razón hipotética, una causa final. Esto quiere decir que la necesidad que rige en la naturaleza es una necesidad *para la obtención de un fin*, una necesidad tal como se encuentra en cada medio ordenado á un fin cuya consecución se desea, una necesidad que, por estar en el la acción resultante, es llamada, con razón, *tendencia teleológica*.

Elogio, pues, merecen nuestros adversarios también porque hablan de una *tendencia*, y ponen esta tendencia *en las cosas mismas* como propiedad que poseen por su naturaleza. ¿Acaso esta tendencia se halla menos fuertemente ligada á las cosas que el movimiento y la acción dinámica, atribuidos por toda sana filosofía á las cosas mismas? ¿No se muestra más bien como lo más íntimo de ellas, lo cual, dominando el principio material con todos sus estados de movimiento, constituye la cosa en su ser y obrar, y es el fundamento de sus fenómenos? Por encima del principio de extensión y pasividad, decimos, por encima de la materia movida, rige en cada cosa natural un algo real que le quita el carácter de indiferencia apática, la determina con un modo fijo de manifestar su ser y la forma intrínsecamente para lo que es en realidad. Este algo es la *naturaleza* de la cosa.

La cuestión que, sentadas estas premisas, surge ahora, es: ¿hay razones que nos obliguen á concebir la forma que constituye las cosas como principio sensitivo ó hasta inteligente? Contestamos á esta pregunta sin ningún género de duda: *No*. Concedemos que la tendencia natural de las cosas tenga un debilísimo parecido con los procesos de sensibilidad que en cierto modo influyen en las acciones humanas; pero ¿ha de ser bastante esta levisima semejanza para ver el rudimento de un ánimo sensible en la tinta que corre de mi pluma ó en la piedra de la acera que piso? El animal doméstico en cuya cola el niño pone el pie emite cierta voz, y el piano cuyas teclas toco da ciertos tonos de sí: ¿justifica la semejanza de estas causas y efectos el aserto de que el instrumento musical tenga sensibilidad como el gato? Antes de juzgar así, debería examinarse si las cualidades que dan carácter de *psíquica* á la

conducta del hombre y del animal, existen también en cualquier instrumento, ladrillo ó trapo.

Tal cualidad característica sería, por ejemplo, la existencia de órganos más ó menos análogos á nuestros órganos de percepción. Viendo que los animales tienen órganos dispuestos á recoger vibraciones acústicas y ópticas de manera parecida á como sucede en nosotros los hombres, inferimos, si tenemos por verdadera la concepción teleológica de la naturaleza, que los animales ven y oyen del mismo modo que nosotros. Pero la más minuciosa investigación no ha podido descubrir en las plantas ni en las cosas inorgánicas ninguna parte que pueda interpretarse como órgano de percepción.

Señal de sensibilidad sería además la existencia de los fenómenos que entre los hombres son tenidos por *expresión* de algún sentimiento, sensación ó percepción. Tales fenómenos son, entre otros, el dominio que ejercemos sobre las impresiones externas, la variedad y disparidad de las acciones humanas, independiente de influencias mecánicas, é inconcebible sin la intervención de algún conocimiento interno ó externo; los gritos de dolor y alegría, las manifestaciones de la fantasía ó imaginación, la expresión de la ira, del gozo ó de la pesadumbre, de todo lo cual no encontramos el más leve vestigio si descendemos más abajo del animal. Es verdad que hablamos de praderas sonrientes, de copas de árboles que nos miran, del lenguaje de las flores, de la sensibilidad del imán; pero ¿á quién le da por buscar debajo estos tropos hechos que la ciencia pueda hacer constar? Cuando el hidrógeno y el oxígeno "abrazados en amorosa lazada," como hay quien dice, se están convirtiendo en agua, no dan ninguna señal de placer; ni el polvo se queja cuando sin compasión se la expulsa á varazos de la "amada," levita. Todo lo que no es hombre ó animal en el mundo visible, se muestra absolutamente apático á las penas y pesares de la vida sensitiva. Lorzé mismo observa que los fenómenos más ordinarios de la vida cotidiana bastan á convencernos de que en las cosas impera una regularidad rutinaria sin voluntad ni sensibilidad, y ellos han acostumbrado los ánimos de los hombres desde tiempo inmemorial á tratar el mundo, escena de la actividad humana, como almacén de objetos utilizables cuya acción recíproca está ligada por entero á la regularidad inanimada de leyes universales é inquebrantables. El mundo inorgánico es particularmente un "mundo de cosas,"<sup>1</sup>

No nos cansaremos de repetir que los elementos corpóreos no

<sup>1</sup> *Mikrokosmos*, tomo I, pág. 9.



son indiferentes en todos conceptos, según ya oímos de DU PREL, sino que, al contrario, ostentan en todos sus aspectos cierta determinación interna. Esta determinación reclama una razón que la explique. Hásenos dicho que la facultad sensitiva era la única de las propiedades suministradas á la especulación por la experiencia que pudiera servir de explicación de la regularidad que se da en las relaciones de la materia. Porque nosotros no nos podamos determinar á un modo de obrar sino por intervención de las facultades perceptiva y sensitiva, ¿hemos de concluir que las acciones físicas ó químicas de los elementos sean determinadas por el conocimiento y la sensibilidad? Tal conclusión vendría á ser lo mismo que si dijéramos: "Porque veo á un sabio revolver libros sólo por filosófica sed de saber, concluyo que el mismo afán impulsa al niño que hojea los volúmenes que aquél dejó sobre la mesa; ó bien porque el interés astronómico es la única de las propiedades en un astrónomo que le hace subir al Observatorio, debo suponer el mismo interés científico en el perro que va en su compañía.", *Duo si faciunt idem, non est idem*. Si se quiere ilustrar la naturaleza de las cosas con la analogía de los fenómenos de la vida humana, no se debe olvidar abstraer de ellos lo que no es aplicable á las cosas inanimadas, conservando sólo lo que concuerde exactamente con los fenómenos que parecen en éstas; procediendo así habrá que descartar todo lo que revele conocimiento ó sensibilidad, y no quedará más que un principio legislativo y determinante. Sin embargo, es errónea la aserción de que la sensibilidad (en el sentido más amplio de esta palabra) sea, entre todas las propiedades que la experiencia nos da á conocer en nosotros mismos, la única que puede servirnos de clave para la inteligencia de la naturaleza. ARISTÓTELES recordó ya las habilidades rutinarias del hombre para ilustrar el modo con que una acción ordenada puede efectuarse sin la dirección actual del entendimiento ó de la reflexión. El niño que poco ha empezado á manipular un instrumento de música, tiene aún que deliberar, antes de tocar ésta ó aquella tecla ó cuerda, cuál de ellas corresponde á cada nota de su ejercicio; pero á medida que se va ejercitando se disminuye la intensidad de la atención deliberativa en la ejecución de las piezas, hasta que cesa por completo cuando su habilidad ha llegado al más alto grado de perfección <sup>4</sup>. Proviene

<sup>4</sup> ἡ δὲ τέχνη τοῦ βολεῖσθαι... lib. II *Physic.*, cap. VIII, pág. 199, b. 26. En el núm. 248 nos referimos ya á la explicación de Santo Tomás. Los Conimbricenses dicen así: «ars non deliberat quod tamen non de quavis arte intelligi debet, si quidem medicina, navigatoria et mille id generis deliberant; sed ut ARISTOTELIS ipse explicat, de his quae per certam et statutam viam finem attingunt, cujusmodi est ars saltandi et effigendi literas. Quod hisce verbis Themistius quoque edisserit: Non consultat faber lignarius, utrum prius secundum sit an dolandum; nec grammaticus, quemadmodum iterarum elementa scribenda sint, hoc est A aut B; neque aedificator consultat, utrum iacienda primo

esto de que al mismo tiempo que la habilidad manual, ha adquirido una especie de "determinación, en el uso de los medios necesarios para la ejecución. De manera análoga debemos concebir la naturaleza de las cosas como una "determinación, íngénita en ellas, que imprime á la cosa su modo fijo de ser y obrar sin que ella misma se dé cuenta de la conveniencia de su conducta.

Descartado, pues, del psiquismo moderno todo aquello que no tenemos derecho á conservar, queda de él como grano de verdad la que era conocida ya desde muchos siglos: que en cada ser natural existe un *principio formal* al lado y por encima de la materia. Jamás se ha negado que este principio guarde cierta analogía con los principios psíquico y espiritual de los seres vivientes <sup>5</sup>.

281. Pero habrá tal vez quien se nos oponga aquí diciendo: "¿No se revela en el orden del universo una armonía de todas las cosas, que es la prueba más grandiosa de que es obra de una inteligencia?.. Así es á la verdad. Pero si esta armonía fuera intrínseca; si, por ejemplo, los planetas recorriesen sus inmensas órbitas en torno del Sol con conocimiento propio y por un apetito guiado por este conocimiento, sería esto testimonio de una tan poderosa facultad cognoscitiva propia de las cosas naturales, que ante su resplandor se obscurecería la tenue luz de la inteligencia humana como ante el brillo del disco solar palidece y se extingue el fulgor de las estrellas de la noche. Si nuestros mayores ingenios consiguen á duras penas, aun después de acumular los trabajos seculares de privilegiadas inteligencias, vislumbrar, solamente en el orden que rige en el complejo del mundo, lo que un pordiosero ve del fausto de una fiesta palaciega mirando á los balcones del real alcázar, ¿qué inteligencia sería necesaria, no ya para descubrir, sino para *establecer* este orden que asombra y rinde á la nuestra? Si el mundo mismo lo hubiera realizado, cada una de tantas moléculas hubiera desplegado una inteligencia y una flexibilidad superiores á toda idea, y maravilla sería, ó mejor dicho un absurdo, el que estas moléculas ocultasen cuidadosamente á nuestros ojos todo indicio de su asombrosa inteligencia.

fundamenta sint, an parietes constituendi an tectum apponenda. Eodem modo textor et lapicida, dum suo officio funguntur, non consultant, etc. (In *Physic.* ARISTÓTELES, I, II, cap. I, q. 5, a. 2.)

<sup>5</sup> Los aristotélicos ponían á menudo la voluntad en parangón con la naturaleza, pero nunca sin hacer resaltar la diferencia esencial entre la una y la otra. Así dice, por ejemplo, Santo Tomás:

«Agens in tantum agit, in quantum finem intendit, tam in naturalibus quam in voluntariis. In rebus autem naturalibus intentio finis competit agenti secundum suam formam, per quam finis est sibi conveniens; unde oportet quod, secundum virtutem formae tendat res naturalis in finem... in rebus autem voluntariis, tantum voluntas inclinatur ad agendum propter finem, quem intendit; licet non semper tantum inclinetur ad agendum haec vel illa, quae sunt propter finem, quem appetit, quando finis non solum per haec vel illa haberi potest, sed pluribus modis.» (*Summa c. gent.*, l. II, cap. XXX.)



## § III

El psiquismo como complemento del impulso natural de las cosas.

282. La segunda (cf. núm. 279) razón que se alega para defender la animación universal de las cosas naturales, es la que se funda en la imposibilidad de desconocer una tendencia, una "voluntad", en cada una de ellas.

Los que ratiocinan así, tratan primero de enseñar que no hay tendencia concebible á la cual no haya precedido una representación cognoscitiva. Todo instinto, todo deseo va á un fin, porque aquello para lo que existe una cosa es lo que esta cosa desea. El ansia de luz del ojo y el anhelo de saber del alma vienen de que el ojo está hecho para la luz, y el alma está hecha para el conocimiento de la verdad. De este modo, toda tendencia natural es propensión á un fin. Ahora, en toda tendencia teleológica lo posterior es la causa de lo anterior. Este *hysteron-proteron* ha causado en todos los tiempos mucho dolor de cabeza á los filósofos. El ojo ve, el oído oye, pero la visión misma ha construido el ojo, y el oído ha sido dispuesto para la audición. Los pies andan, pero el andar mismo ha dado á las junturas de los pies su forma y agilidad. Los órganos de la boca y de la garganta hablan, pero el hablar los ha dotado de su maravillosa estructura. Lo mismo sucede en la naturaleza inorgánica. El hidrógeno y el oxígeno se convierten en agua; pero la naturaleza del agua determina las proporciones, prefijadas con exactitud matemática, en las que se verifica el proceso químico. ¿Cómo puede el efecto ser causa de su causa? ¿Cómo puede lo posterior determinar la naturaleza de lo anterior? El psiquismo ya tiene pronta su contestación á estas preguntas: una representación cognoscitiva debe ser el principio de cada tendencia natural. Al contestar así puede para mayor comodidad apelar al hombre, pues en la tendencia final del hombre el fin existe primero como idea, y mediante el uso de medios reales se pone como "realidad", en el fin de la ejecución. De la misma manera, en la tendencia teleológica natural un *prius* ideal parece haber precedido á la ejecución como representación psíquica, para que la forma teleológica, vacía hasta entonces, se llene del contenido que la determina.

Hasta aquí estamos conformes. Toda tendencia dirigida á un fin presupone una idea, una anticipación ideal de este fin; esto es cierto, porque si el fin determina la dirección de la tendencia, ha de existir de algún modo; pero como no existe *realiter*, debe existir *idealiter*.

283. Nada tenemos que oponer á la presuposición de una representación, de una idea, y por consiguiente de una actividad cognoscitiva, sin la cual, según afirman los defensores del sistema psíquico, no es dable explicar la tendencia teleológica. No empezamos á disentir de ellos hasta que los oímos aseverar que esa idea anticipada del fin debe estar necesariamente en la cosa misma que lo realiza. Los psiquistas sostienen, por ejemplo, que el embrión se hace á sí mismo una representación cognoscitiva del ojo y del miembro que aún ha de formarse; que en el proceso de la nutrición cada parte del organismo—los huesos, tendones, músculos, la substancia nerviosa—se apropia y asimila del líquido sanguíneo las substancias más convenientes á su complexión especial, obedeciendo á una idea cognoscitiva, ya que no consciente; que el organismo del arácnido reproduce la pierna que ha perdido haciéndose él mismo una idea del miembro, de igual modo que el zapatero la tiene de las botas que le han encargado. ¡Tendríamos, pues, en la naturaleza una representación real, aunque inconsciente; tendríamos una naturaleza pensadora!

¿Cómo se pretende demostrar semejante aserto? ¿Acaso argumentando con la esencia de la tendencia teleológica en general? Esta sería ya demasiada osadía. La "tendencia", del reloj, por ejemplo, se dirige á señalar la hora; ¿es preciso, pues, que *el reloj mismo* tenga una idea del tiempo y de su división? Una bala de cañón disparada en dirección á un punto determinado, presupone la "representación", del blanco; ¿es necesario que esta representación esté en la bala, ó no basta que haya estado en la vista del artillero?

Ya prevenimos que se negará la equivalencia del reloj y de una bala por un lado, y las cosas naturales por otro, y no faltará razón á quien lo niegue. Pues hemos reconocido en uno de los capítulos anteriores que cada cosa se traza su conducta normal dentro de sí misma, y que particularmente el organismo desenvuelve de sí mismo la tendencia activa á su propia perfección, por cuya razón él mismo se construye, repara, conserva y reproduce, mientras que en el caso del reloj el principio de esta tendencia está en el relojero, que sana los relojes "enfermos", y da la "existencia", á nuevos cronómetros. Pero de los ejemplos aducidos se desprende que cabe hablar de "tendencia á un fin", respecto de un objeto, sin que este mismo posea una representación cognoscitiva á que su acción se dirige, y esto no más fué lo que con ellos nos propusimos demostrar.

Vendriase, pues, á sostener que la tendencia natural implica una idea, por cuanto es *intrínseca* y *propia de las cosas* y parte de ellas mismas. ¿Qué decimos á esto?

Indudablemente, si la tendencia teleológica ha de ser intrínseca



ca, también el fin de la actividad natural ha de estar en la esencia íntima de la cosa natural misma como principio causal ó ley real que regula las operaciones con cierta fuerza hipermecánica, y la idea del fin deberá ponerse en la esencia de la cosa para que forme el contenido ideal de la tendencia. Hasta aquí nos declaramos otra vez conformes.

Mas ahora descubrimos en las palabras "idea, ó "representación, una ambigüedad cuyo esclarecimiento envuelve importancia decisiva para nuestra cuestión. Estas palabras pueden tomarse subjetivamente como acto de conocimiento, ó pueden circunscribirse al sentido objetivo. En la mente del general que se apresta para una batalla, el plan de la acción está "representado, subjetiva y objetivamente, mientras que la "representación, del mismo en el papel es meramente objetiva. ¿Ha de estar, pues, la dirección de la tendencia teleológica en la cosa de la misma manera que el plan de batalla en el papel? De ningún modo, pues vemos arriba que la acción de la naturaleza lleva su plan como ley inmanente en sí misma, al paso que el plan de batalla está inscrito en el papel exteriormente. Decimos, pues, que la determinación natural es objetiva á la cosa, no exteriormente, sino interiormente.

Si queremos formarnos una idea aproximada de esta forma natural, debemos distinguir, en la "representación, misma que existe en la mente del general, entre la representación en cuanto es operación cognoscitiva, y la representación en cuanto se presenta como determinación conducente á las disposiciones ulteriores del caudillo. Debemos dejar á un lado lo primero, y tener presente sólo la representación en cuanto es *tipo* objetivo. Esta, pues, es innata en las cosas como raíz fecunda de actividad. El general pone el tipo objetivo del plan de batalla en el papel inerte, en el cual viene á ser un accidente externo adherente á su superficie. Dios, empero, ha creado, esto es, ha llamado á la existencia un principio substancial conforme al tipo objetivo de su idea, principio que es espontáneo sin ser él mismo cognoscitivo, que obra con arreglo á un plan preconcebido sin tener él mismo conocimiento del plan, que lleva, en fin, en el fondo de su ser una forma como esencia suya, fijada por la inteligencia divina.

No es, pues, difícil comprender de qué modo cada cosa ejerza una actividad propia, y cómo pueda ser su propia norma determinante y ley fija, sin que por esto la acción natural haya de estar impregnada de ideas subjetivas de los fines que realiza.

Concedemos que las cosas naturales necesitan, para pasar á una actividad correspondiente á su naturaleza, de una "impresión, que "reciben,. Pero podría decirse: "¿Acaso no es esta "recepción de impresiones, una especie de percepción?. Contestamos que no.

Pues cualquiera que sea, tan imperfecta como se quiera, la esencia de la percepción exige que el objeto externo produzca, mediante la impresión, en el ser percipiente una imagen que habilite á este ser para *representarse* en su interior el objeto y tener conocimiento de él, ó sea para producir en el sujeto un acto inmanente que lo perfecciona de una manera singular. Es claro que semejante representación psíquica de cosas y afecciones no va unida á la acción natural de las cosas en cuanto sólo como tal se la considera. Es más bien propio de la naturaleza de las cosas comunes el que sean excitadas á su acción peculiar por vía meramente mecánica. Muy á menudo el cuerpo es puesto en la actividad propia de su naturaleza á medida de la intensidad del movimiento etéreo que le toca.

No obstante estas razones, no ha faltado algún filósofo que haya intentado defender la tesis contraria. EDUARDO VON HARTMANN ha pretendido mostrar en su famosa *Filosofía de lo inconsciente* que todo ser natural no sólo debe poseer una representación cognoscitiva cualquiera, sino una representación cognoscitiva *intelectual*.

284. Como quiera que no es reducido el número de los que participan de la creencia de una verdadera inteligencia en las cosas naturales, habiendo alegado el filósofo berlinés á favor de esta opinión todo cuanto decirse puede en su defensa, creemos oportuno dedicar alguna atención á la teoría "inconsciente intelectual, de HARTMANN.

Los argumentos de que se vale el filósofo de lo inconsciente vienen todos al fin á parar á la estratagema que consiste en llamar *voluntad* á toda propensión, tendencia, ó *apetito* que parece en las cosas, y en invocar luego, modulándolo de diferentes maneras, el conocido axioma: *Nil volitum nisi praecognitum*: donde hay voluntad hay inteligencia. Esta es la muletilla del autor y el apoyo capital de su proposición, por lo cual ha hecho distinguir también por letras gruesas este lema: "Ninguna voluntad sin representación. La araña *quiere* la pierna que ha perdido; debe, pues, representársela primero mentalmente. ¿Qué razón tiene el filósofo del pesimismo germánico para llamar voluntad á las tendencias que se manifiestan en los organismos?

Procediendo por grados, trata primero de atribuir "voluntad, al animal, en cuanto es un ser dotado de *sentidos* y que vive á impulso de *instintos*. "Que lo mismo, dice, que nosotros creemos conocer como causa inmediata de nuestras acciones, y que llamamos *voluntad*, vive también en la conciencia de los animales como elemento causal de las suyas, y de consiguiente también debe llamarse *voluntad*, no es dudoso á mi entender... El perro no *quiere* separarse de su amo, el pájaro no *quiere* que hagan daño